

ENTRE HOLLYWOOD Y BOLLYWOOD

MARÍA TASHEVA

(de “Buzón para cuentos”, comp. Gueri Turiyska, 2ª parte)

Desde cuando era niña me imaginaba cómo me casaría, tendría hijos, un perro, una casa ordenada a buen gusto, muchas flores, días de sol, juegos con la familia: como lo ponen en las pelis. Pero en la vida real: un niño llorón, mocos, noches pasadas en vela, caos, ni un par entero de calcetines, falta de cinco minutos de tiempo para ti, escenas costumbristas y en general: una vida común y corriente. No es que me quejo, sino alguien tenía que decir qué pasó con Cenicienta después del colorín colorado.

Y mi abuela siempre me decía: “Que sepas mi niña, hay un destino que te guía y no puedes huir de él hagas lo que hagas”. Ella tenía 18 años cuando conoció a mi abuelo. Los dos vivían en dos pueblos vecinos. Ella era la única hija del hombre más rico de la región, y él: un estudiante pobre de medicina en Sofía. ¡Un gran amor! Pero metieron la pata, pues mi abuela se quedó embarazada antes de la boda. Ella se le dio la noticia y después a lo largo de dos semanas mi abuelo desapareció como si se le hubiera tragado la tierra. Era en el invierno y la pobre mujer tomó la decisión penosa que al día siguiente iría a Sofía para buscar el lugar dónde tenía que hacer aquello que se hacía para encubrir la vergüenza. Se levantó temprano por la mañana y fue a la estación pero por causa de la fuerte nevada una roca grande había caído en los carriles y los trenes no pasaban. Ella volvió a su casa, y por la tarde mi abuelo llegó con toda su familia para pedirle la mano y hacer el noviazgo. Menos mal que era su mala suerte porque si no ni mi madre ni yo hubiéramos existido en este mundo. Como si fuera una peli. Así 55 años de matrimonio. ¡Un destino! ¡Un destino fascinante!

Cuando era pequeña me gustaba mucho que mi abuela me contara esa historia y soñaba con un príncipe azul, que yo fuera princesa, que se batieran por mí en los duelos, que tuviera un vestido de miriñaque y una corona de oro. Sin embargo crecí y me olvidé del destino. Y cuando conocí a mi marido me hacía la señal de la cruz y me decía: “la pobrecita que se casará con este”. Años tras años le observaba cómo hacía fechorías en los clubs nocturnos y se me ponían los pelos de punta. ¡¿Acaso diez años más tarde estamos casados?! Que te jode el destino, que... ¡¿se ha burlado de mí o qué?! Sin embargo así de la nada, de una apuesta que hicimos juntos floreció el amor. Como si fuera una peli. Una de las buenas, de las americanas. Como “Los puentes de Madison”. ¡Un destino! Ay, abuelitaaaa, abuelita, tenías la razón: no puedo huir de mi destino.

No voy a mencionar que aun antes de conocernos, una vez, así de broma, me leyeron los posos de un café y me dijeron que mi felicidad estaba relacionada con un lugar lleno de flores.

Y ahora mismo vivimos en la calle “Violeta” de la capital. Y me pongo a dudar si es por casualidad o se debe a este destino del cual no puedes huir. Y yo misma me invento la peli.

¿Si existe una conspiración global? ¿Si existen los extraterrestres y una fuerza del universo? ¿Si nos pulverizan por arriba para que nos pongamos enfermos? ¿Si comemos OGM o nosotros mismos somos OGM? En breve: una peli.

Mi peli no es mala; es algo como tragicomedia. Cada semana me compro un billete de la lotería y nada. La gente ha ganado de no sé qué tipo de juegos o hallan algo en la calle, y yo en el mejor caso hallaré una caca de perro. Un día el destino fue benevolente hacia mí: gané 2 leva* de la lotería. ¡Qué guay! ¡Qué lujo! Solté un taco al destino y metí el billete en la guantera. Y me olvidé de él. Hasta el momento en que me encontré en el aparcamiento de Iliyantsi sin un céntimo en el bolsillo. Y se tienen que pagar 2 leva por el aparcamiento que se dan al final a la hora de salir de él. ¿Y ahora qué hacemos? Yo no dispongo de 2 leva, de 2 leva no dispongo. Y me viene en la mente aquel maldito billete de la lotería de que estaba convencida de que el destino lo había usado para burlarse una vez más conmigo. Pero no; él tuvo otro propósito. Rápido lo hice efectivo en la pequeña gasolinera y me convertí en un dueño orgulloso de 2 leva. Me sentí como el protagonista de “¿Quién quiere ser millonario?” Así se hacen las pelis. Y además no es verdad que 2 leva no pueden arreglarte la vida.

Bueno, con el aparcamiento pagado y la conciencia limpia volví a casa donde yo soy la protagonista. Cada uno con su papel: delante del niño yo soy el poli malo, y papá es el bueno. Esto por supuesto no pasa cada día: hay días en que soy la Cenicienta, días en que soy la Doctora Quinn, la mujer que cura y otros en que soy la Princesa y el guisante. Sin embargo tengo tantas ganas de ser Peter Pan.

Y ahora no puedo entender: ¿si las cosas dependen de mí o del destino? La vida es corta y en el último instante la vemos como en una película. Así que el destino es el director. Por consiguiente no nos queda nada más que tener mucho cuidado a la hora del casting, leer atentos el guión, no cometer muchos errores porque puede que no tengamos oportunidad a rodar por segunda vez la misma escena y rezar que el director no mate al protagonista antes del acto segundo.

¡Happy End a todos!

*lev: la divisa nacional de Bulgaria (N. del T.)

Цветомира Мартинова, четвърти курс, специалност „Испанска филология“